

EL POPULISMO COMO CONCEPTO*

GUY HERMET

FONDATION NATIONALE DES SCIENCES POLITIQUES (PARIS)

¿Cuál es la sustancia del fenómeno populista? Después de recorrer la bibliografía y las prácticas políticas denominadas populistas, está claro que no existe una definición consensuada o completa de este "síndrome" que abarca muchas realidades temporales tanto como espaciales. La meta de este artículo consiste en realizar un balance conceptual del término, analizando por una parte los vínculos que el populismo mantiene con las ideologías y las instituciones; por otra parte, los contextos de emergencia de dicho fenómeno, caracterizados por la pérdida de cohesión y referencias identitarias de las comunidades nacionales. En realidad, lo que define el populismo es más bien su carácter antipolítico, es decir la controvertida promesa de satisfacer inmediatamente y sin revolución las necesidades populares.

¿A qué objeto sustancial se refieren los estudios empíricos que ambicionan delimitar una expresión del populismo? Si estos estudios sólo consideran descalificarla de entrada como fenómeno político reconocido no conforme con lo que se interpreta actualmente como la buena gobernanza democrática, basta con asignarle el adjetivo "populista", sin definirlo, como signo de infamia¹. En tal caso, desprovisto de contenido efectivo, este término indicará simplemente que el locutor reprueba este "objeto condenable", según los términos fijados por los buenos modales. En estas circunstancias, el populismo no es más que una "palabra-ruido", al estilo de la Novlengua de Orwell, que sirve menos para comunicar un significado que para autenticar la conformidad de la actitud del locutor, así como la de su público. Si la meta del estudio consiste, al revés, en descubrir la materia intrínseca del populismo, la cual puede ser en su esencia distinta de los otros "ismos", entonces hay que partir de una pre-definición del fenómeno, concebida como una hipótesis corregible mediante aproximaciones sucesivas y destinada a ser confrontada posteriormente con casos reales escogidos con el fin primordial de avanzar en este trabajo de definición.

Mejor admitir que este segundo ejercicio casi no se practica en este campo preciso y que su carencia explica la extrema debilidad del concepto de populismo. En general, los buenos autores no se conforman con definir "su" populismo, vale decir el populismo al cual se dedican o que es el objeto de sus imprescriptibles odios. En cambio, como fenómeno genérico caracterizado por cierto número de atributos constitutivos de su especificidad, el populismo "teórico" los deja indiferentes (¿será que prefieren el populismo que se observa en la actualidad?). Quien acude a la literatura académica existente para aclararlo, no encuentra por lo tanto casi nada que decir al

* Texto traducido por Jearim Contreras Godoy.

¹ En Europa del este, se dice también "extrema-derecha", pero sobre todo no "extrema-izquierda", tratándose en particular de los anti-mundialistas que son por lo tanto populistas de un tipo totalmente inédito (es decir que presentan notoriamente algunas analogías con los *Grangers* americanos de los años 1890). Por el contrario, en América Latina, las expresiones de populismo de la extrema-derecha no son utilizadas como sinónimos por razones evidentes y antiguas. Pues, ¿qué habría que hacer con Hugo Chávez, Lula, Castro, Perón, incluso con el sub-comandante Marcos?

respecto en un plano conceptual. Nada, salvo que no es conveniente para un político respetable caer en estos errores, cuando todos por igual recurren a una dosis de populismo para ser elegidos, empezando por nuestras instituciones democráticas que deben sacar lo esencial de su legitimidad de una argumentación profundamente populista. Pero, silencio... Esto sería una revelación inoportuna, de hecho digna de un populista...

El problema es que mi rol me obliga precisamente a establecer un balance del trabajo conceptual realizado por varias generaciones de investigadores sobre el populismo. Ahora bien, hablando seriamente y refiriéndome al pasado, ¿qué puntos comunes existen entre los *Narodniki* y futuros nihilistas rusos de los años 1860-1890 y el populismo del General Ibáñez en Chile, por ejemplo, teniendo en cuenta que el conjunto de los otros ejemplos disponibles también sería muy heterogéneo? Tratándose del presente, ¿qué esconden todos estos "neo-populismos" o "etno-populismos" que nos son ofrecidos? Encierran ante todo, por así decirlo, el tesoro, imposible de encontrar, de su ausencia radical de definición. Sin cansar mucho el pensamiento, el "neo" parece ser autosuficiente; es "una palabra eureka"; entonces, ¿cómo no aprobarla?

Por añadidura, el "neo" conlleva la ventaja "funcional" de alimentar tanto en el medio académico como en la sociedad, una confusión intelectual ideológicamente oportuna. No hay nada en común entre el "neo-populismo" de Europa central y oriental y el "neo-populismo" de América Latina, o en América Latina por ejemplo, entre el régimen del teniente-coronel Chávez de Venezuela y el movimiento suscitado por Joaquín Lavín en las elecciones presidenciales chilenas de 1999. Del mismo modo, ¿en qué se emparentan los "etno-populistas" de Serbia, de los albaneses de Kosovo y de la India? En nada. Tanto mejor. Pues, en general, aludir al "espectro" del populismo sólo sirve para señalar al público lo que debe evitar como al demonio, sin hacerlo avanzar en la comprensión de la ciudadanía (como en los programas de televisión, donde se muestra al público una pancarta en el momento de aplaudir o reír; en este caso es para llorar). Así en Francia, cuando un intelectual del Frente Nacional protesta contra la "democracia confiscada"², reclamando más democracia directa y referéndum, conviene obviamente estremecerse ante el horror de su populismo. Pero si el Presidente de la República Jacques Chirac, en un discurso pronunciado después del referéndum bastante fallido del 24 de septiembre de 2000 sobre la reducción del mandato presidencial, denuncia en las mismas palabras "la democracia confiscada" y propone mejorarla multiplicando las consultas directas, no puede tratarse de populismo. ¿Por qué? Obviamente no por razones de fondo, puesto que éstas mostrarían que el populismo se trasluce por igual en los dos ejemplos. No, si el Presidente Chirac no es populista, es porque obviamente no se puede aplicar este calificativo disonante a una personalidad política tan "conforme" como él...

UN BALANCE INDIGENTE

Entonces, consciente 1) de la carencia de significación intrínseca del término populismo, que constituye la regla en el plano del *savoir-vivre* político, 2) de la contingencia o del oportunismo declarado de su uso, 3) de su deficiencia teórica extrema como concepto, lamento tener que evaluarlo en este mismo plano teórico. No puede ser de otra forma. Pero no cumpliré con este papel exageradamente porque sería excederme en vano. Sobre todo, no estiraré el concepto

² Ver: Yvan Blot y Le Club de l'horloge, dir., *La démocratie confisquée*, Paris, Jean Picollec, 1989.

durante largas y aburridas páginas, alineando cuidadosa pero vanamente las definiciones parciales o algunas veces francamente indigentes dadas al respecto, o esforzándome para ordenar el catálogo inagotable de rasgos que el populismo a menudo reviste o que puede eventualmente revestir. Hace ya bastante tiempo que Margaret Canovan, la más sabia y dubitativa de los especialistas del tema, advirtió que el populismo sólo constituye una forma de acción política polémica, de contornos muy vagos, que con el pretexto de un discurso centrado de una u otra manera en el pueblo, pretende más que todo provocar una fuerte reacción emocional en el público al cual se dirige³. Visto desde este ángulo, se confunde paradójicamente con el anti-populismo caricaturesco que se expresó en Francia con motivo de la primera vuelta de las elecciones presidenciales de abril de 2002, marcadas por el notable resultado de Jean-Marie Le Pen.

Felizmente para nuestro propósito, no todos los especialistas del problema compartieron el derrotismo de Margaret Canovan. En general, quienes se esfuerzan por caracterizar el populismo, insisten prioritariamente en el acento que pone en la soberanía del pueblo. Edward Shils, precursor en la materia, establece desde 1956 que el populismo "proclama que la voluntad del pueblo en sí misma tiene una supremacía sobre cualquier otra norma, provengan éstas de las instituciones tradicionales o de la voluntad de otros estratos sociales"⁴. Se observa el mismo lenguaje en Lloyd Fallers, quien hábilmente descubrió que los populistas afirman que "la legitimidad reside en la voluntad del pueblo"⁵. Admirable perspicacia de dos sabios, con la salvedad de que sus observaciones se aplicarían con igual pertinencia a la democracia, como recalcó de excelente manera Hannah Pitkin⁶. Es con un sentir unánime que los populistas, tanto como los demócratas, idolatran al pueblo; a lo sumo, los primeros lamentan que sus elegidos lo engañan a menudo -de ahí su antiparlamentarismo-, mientras que los segundos deploran la competencia que les hacen los primeros. Siendo esta sutileza de actitud demasiado difusa y sospechosa de cálculos de interés como para retener verdaderamente la atención, el criterio de la referencia al pueblo no es por ende "discriminatorio". No distingue al populismo de otros objetos políticos, de la democracia en especial, y probablemente también de ciertos fenómenos como el fascismo, en particular.

Shils introduce no obstante este elemento adicional, según el cual el populismo sería "una ideología que identifica la voluntad del pueblo con la justicia y la moral"⁷. Lo que no es falso. Pero con el inconveniente que este nuevo elemento de definición también presenta una doble debilidad. En primer lugar, el populismo no es una ideología y tampoco hace suya una que le sea exclusiva. Como lo ha notado Pierre André Taguieff⁸, es incluso compatible con cualquier ideología (razón

³ En *Populism*, New York, Harcourt-Brace Jovanovich, 1981, p. 123.

⁴ E. Shills, *The Torment of Secrecy*, New York, 1956, p. 98.

⁵ L. Fallers, "Populism and Nationalism", *Comparative Studies in Society and History* (4), July 1964, p. 447.

⁶ Ana Pitkin observa bien la rivalidad entre las dos concepciones de la representación democrática de la cual proviene el desarrollo de estos regimenes populistas institucionalizados. Volviéndose dominante al punto de representar la ortodoxia en este campo, la primera pone el acento sobre la dimensión deliberante de la representación, apoyándose para esto en un principio de legitimidad electiva que justifica la delegación por el pueblo a una élite -en todo caso por su número reducido- de la capacidad de decisión colectiva. En cambio, la segunda de estas concepciones insiste en una representación directa, e incluso podríamos decir, físicamente encarnada en la persona de un gran líder, o a veces, en un partido que en sí mismo simboliza el régimen del pueblo (Hannah F. Pitkin, *The Concept of Representation*, Berkeley/Los Angeles, Universidad de California Press, 1972 [1967]).

⁷ E. Shils, *op.cit.*, p. 98.

⁸ En "Le populisme et la science politique: du mirage conceptuel aux vrais problèmes", *Vingtième siècle* (56), oct-dic. 1997, pp.4-33 / "Political science confronts populism: from a conceptual mirage to a real problem", *Telos* (103), primavera 1997.

por la cual existe un abismo entre la doctrina de Hugo Chávez en Venezuela, la doctrina de los populistas hinduistas y las ideas de Pim Fortuyn en los Países Bajos). Segunda debilidad: si bien es cierto que los populistas idealizan su pueblo imaginario y se presentan como justicieros y moralistas, en una perspectiva casi maniquea, no son los únicos en este caso. Los demócratas no se quedan atrás en la diabolización del adversario. Condenan, sin examen previo, todo régimen que no sea democrático. Y en la medida en que elevan el mecanismo mayoritario a un valor majestuoso cuando no es más que un artífice técnico, idealizan al pueblo, al punto de plantear que sólo él tiene derecho a equivocarse a través de la irracional decisión de la mayoría.

Los populistas tampoco tienen una forma específica de organización. Es lo que señala nuevamente Pierre-André Taguieff, cuando recuerda que el populismo puede expresarse tanto en un cenáculo de intelectuales, como en un amplio movimiento organizado o espontáneo, en un partido político bastante clásico, en un régimen de gobierno, en una actitud de trasgresión de las normas políticas convencionales, o más aún en procesos típicos de salida de una dictadura, especialmente comunista. Del mismo modo, a pesar de las apariencias y de los hábitos de pensamiento, el populismo no se caracteriza de manera suficientemente clara por el ascendente carismático de un líder providencial, como para que esta característica pudiese distinguirlo de otros fenómenos políticos. El hechizo ejercido por el Jefe ha tenido particularmente en el fascismo y el nazismo -el *Führerprinzip*- una intensidad mucho más grande, marcada por una connotación mística y un culto de la personalidad sin relación con el magnetismo ejercido por los agitadores populistas (se atribuyó al *Duce*, como al *Führer*, cualidades de precognición casi adivinatorias y sobrehumanas, sin común medida con la popularidad de un Le Pen o incluso de un Chávez: sólo Nasser, Vargas y Perón constituyen quizás una excepción entre los populistas).

En esta galería de falsas pistas, la del nacionalismo, de la xenofobia o del lazo entre el populismo y la exaltación del particularismo étnico, surge también de manera inevitable. Aunque, nuevamente, este criterio presenta cierta pertinencia, en la medida en que el populismo se ha mostrado a menudo xenófobo y crispado en la glorificación agresiva de la identidad particular de un pueblo. Pero reina la confusión. Los populistas, en efecto, disponen de varios pueblos para compartir con otros: el pueblo cívico que comparten con los republicanos, el pueblo-plebe también cortejado por los partidos obreros y, obviamente también, el pueblo étnico o etno-cultural. ¿Pero se trata realmente de un rasgo o una facultad que les sería específica, de un criterio discriminatorio? Existieron y aún existen populismos no nacionalistas o no particularistas: por ejemplo el populismo de la Unión Agraria de Alejandro Stambolijski, "El Rey de los campesinos" de la Bulgaria de principios de los años 1920, cuyo proyecto de "dictadura verde" de orientación socialista contrastaba singularmente con la orientación acostumbrada del populismo balcánico (y actualmente, ¿es el brasileño Luiz Inácio Lula da Silva nacionalista?). Además, simétricamente, los nacionalistas se han establecido en todas partes; así los creadores de la Tercera República en la Francia anterior a 1914 eran republicanos o demócratas y a la vez nacionalistas furibundos y bastante xenófobos. El criterio discriminador sigue siendo una vez más imposible de encontrar.

¿Qué nos queda entonces? Por una parte, observaciones no tanto relativas a la naturaleza del populismo sino a sus condiciones de emergencia⁹; por otra parte, no acotaciones diversas a

⁹ Véase entre otros a P.-A. Taguieff, quien escribe: "La condición de emergencia de una movilización populista es una crisis de legitimidad que afecta al conjunto del sistema de representación" (*art. cit.* p.10).

veces erradas o caducas y prescindibles, y por último también la indicación somera de la pista correcta que hay que seguir para llegar a una identificación mínima de la especificidad del populismo. Lo que cabe dejar de un lado o casi, es entre otras cosas la teoría marxista del populismo. Por lo tanto, cuando Ernesto Laclau planteaba que el populismo consistía en una retórica de confrontación social que opone las masas al “bloque dominante” (en sentido gramsciano), con el solo fin de hacer olvidar las “contradicciones sociales” -leer las desigualdades- que esta retórica ambicionaba en realidad preservar¹⁰. Una vez decodificado, Laclau quería decir que los líderes populistas no eran en ningún caso revolucionarios o anti-capitalistas, a pesar de sus diatribas. Lo que podría revelarse también cierto o falso: cierto para Vargas en Brasil, incierto para Perón o Ibáñez, pero falso para Chávez, para el régimen militar peruano de principios de los años 1980 o también para Salvador Allende, otro populista con estilo propio, innegablemente progresista y hostil al “Bloque dominante”. Del mismo modo, en una línea marxizante o propiamente marxista, los análisis del argentino Torcuato Di Tella muestran bien que su objeto se refiere menos a cualquier naturaleza genérica del populismo, que a su expresión específicamente latinoamericana del segundo tercio del siglo veinte; es decir la de un “movimiento político que goza del apoyo de la masa de la clase obrera urbana o del campesinado, pero que no es el resultado de la capacidad de organización autónoma de uno u otro de estos sectores”¹¹. Aquí, se percibe sobre todo la obsesión desilusionada de la organización autónoma de vanguardia del proletariado.

Menos útiles aún, en nuestros días, resultan ser las consideraciones parciales de Peter Worsley, quien redescubre en los campesinos que viven en otras latitudes la antigua rabia populista de los pequeños agricultores norteamericanos del *People's Party*¹². Y qué opinar hoy en día de la contribución de Michel quien, tomando en cuenta solamente las experiencias peronista y nasseriana, las califica de “fascismo demagógico de izquierda”¹³, o de la contribución de Peter Wiles quien, a propósito de los intelectuales europeos prendados de Evita Perón o Nasser, evoca la imagen de un “fascismo elegante”¹⁴.

Pero anunciaba más arriba que existían también quienes “abren pistas” para reconfortarnos; señaladamente y en fechas muy diferentes citadas aquí al revés del orden cronológico: Silvia Kobi, Yannis Papadopoulos, y Hêlio Jaguaribe. Kobi y Papadopoulos han reintroducido recientemente el matiz clave según el cual el populismo constituye un “síndrome” que sería abusivo realzar al nivel de concepto en la medida que no posee una doctrina suficientemente unificadora¹⁵. Recuerdan también que este síndrome es fundamentalmente anti-elitista; inútil en efecto perderse en detalles contingentes. El mérito de Hêlio Jaguaribe es por su parte inmenso. Hace casi cuarenta años,

¹⁰ *Politics and Ideology in Marxist Theory*, London Humanities Press, 1977, pp.172-173. Laclau escribe más precisamente: “El populismo comienza donde las demandas populares-democráticas son presentadas como opciones antagónicas de la ideología del bloque dominante”.

¹¹ T. Di Tella, “Populism and Reform in Latin America”, p.47 en: C. Véliz, ed. *Obstacle to Change in Latin America*, Oxford, Oxford University Press, 1965.

¹² En *The Third World*, London, 1964.

¹³ H. Michel, *Les fascismes*, Paris, PUF, 1979, p.110.

¹⁴ P. Wiles, “A Syndrome, Not a Doctrine”, p.171 en: G. Ionescu, E. Gellner, eds., *Populism*, London, Weindenfeld and Nicolson, 1969.

¹⁵ En “L’ambiguïté du populisme”, pp. 13-44, en: R. Galissot, dir., *Les populismes du Tiers monde*, Paris, L’Harmattan, 1997. Cabe subrayar que S. Kobi y Papadopoulos retoman aquí un matiz ya expresado por Peter Wiles (“A Syndrome, Not a Doctrine”, p. 167 en: G. Ionescu, E. Gellner, op. cit.).

aportó la visión más fecunda del populismo sin que lamentablemente nadie le prestara atención en esa época. Más precisamente, Jaguaribe descubrió el registro de interpretación primordial del populismo: un registro temporal, que, por lo tanto, no es prioritariamente topográfico, ni estratégico, ni ideológico, ni institucional, tampoco inscrito en los conflictos de interés como la mayoría de los otros fenómenos políticos. Según el pensamiento de Jaguaribe, los populistas mantienen con el tiempo una relación particular, radicalmente ajena a la relación que los practicantes comunes de la política tienen con éste.

Preocupados por cautivar su auditorio presentándose como autores de milagros inmediatos, los líderes populistas desarrollan un estilo de comunicación política que apunta a satisfacer las esperanzas y a ganar la confianza de una clientela de masa sobre la base de la afirmación absoluta de una "realización de [sus] expectativas sociales si [lograran adquirir] un poder suficiente". Jaguaribe agrega: "Lo que es típico del populismo es por lo tanto el carácter directo de la relación entre las masas y el líder, la ausencia de mediación de los niveles intermediarios, y también el hecho de que descansa en la espera de una realización rápida de los objetivos prometidos"¹⁶. No cabe duda de que esta promesa de realización en un lapso muy breve constituye el elemento de definición esencial del populismo, teniendo claro que su inmediatez procede también de su lógica de mediación directa, sin pantallas, sin complicaciones institucionales y sin plazos. La única definición discriminante del populismo reside en estas dos dimensiones, parientes de la promesa inmediatamente realizable y de la no-mediación, que garantiza la respuesta instantánea...

¿UNA DEFINICIÓN DISCRIMINANTE?

En verdad el populismo se puede interpretar de otra manera. ¿No se debería plantear que con o sin el carisma de un líder, y cualquiera fuese su relación efectiva con la idea de un gobierno del pueblo por el pueblo, tomado según las circunstancias en una acepción hostil a las élites o en una perspectiva de simple parecido étnico entre gobernados y gobernantes, el populismo sólo se distingue netamente de las otras corrientes políticas, por prestar un oído particularmente complaciente y por el eco poderoso que otorga al sueño popular de abolir, finalmente, la barrera que siempre separó a los de abajo, los gobernados, de los de arriba, los gobernantes? Se trata lamentablemente de una ilusión adicional. Ilusión del analista, quien asume que el grueso de la humanidad aspira a ejercer el poder que la democracia le promete, o al menos influenciarla de cerca, al igual que el automovilista, quien "sueña con poder comprarse un Mercedes"... Aunque la esperanza de ver emerger algún día este republicanismo cívico perfecto no se haya perdido, hasta el día de hoy, ésta no ha sido la aspiración del común de los mortales. ¿Qué espera la gran mayoría de los ciudadanos? Sueñan, por supuesto; pero este sueño no es suyo. En un espíritu menos cívico, sueñan con la supresión de la otra distancia; la que separa sus deseos personales o colectivos inmediatos de su realización siempre muy diferida, en nombre de las complicaciones de la acción política¹⁷. Ahora bien, los populistas les dicen que este deseo onírico podría verse

¹⁶ H. Jaguaribe, *Problemas do desenvolvimento latinoamericano*, Rio de Janeiro, 1967, p. 168.

¹⁷ Esto me recuerda una reflexión de Otto Kircheimer cuya referencia exacta se me escapa. En esencia, Kircheimer observa que la democracia corresponde a los favores que la élite otorga al público en vez de descansar en un compromiso del público en la elaboración de políticas públicas. Agrega que los electores sólo deberían interesarse en estas condiciones por el resultado de estas políticas, en ningún caso a su producción, que es asunto de profesionales.

satisfecho sin cambios profundos ni revolución dolorosa siempre y cuando confíen en ellos, y agregan que sólo algunos aguafiestas mal intencionados, quienes sacan provecho de la triste situación existente, obstaculizan su realización.

Este es el principal elemento de diferenciación del populismo al mismo tiempo que el resorte central de su definición como fenómeno antipolítico de naturaleza temporal. Este resorte central consiste en la explotación sistemática del sueño en tiempo real, *en vivo* (¡como en CNN!), y ya no como en las doctrinas revolucionarias, con la perspectiva de una utopía prometida a una realización lejana. Es además justamente por esta razón que el populismo se presenta como un procedimiento antipolítico, porque rechaza por ignorancia o por deshonestidad el fundamento mismo del arte de la política. Más precisamente, el populismo mantiene con el tiempo una relación de simultaneidad en oposición absoluta con la temporalidad normal de la política, regida por la utilización de la larga duración ante la imposibilidad de satisfacer todas las demandas a la vez, frente a la obligación de conciliarlas y frente a la necesidad correlativa de administrar con prudencia y lentitud su inscripción en la agenda de las acciones reconocidas como prioritarias. La ortodoxia política –sobre todo democrática– se resume esencialmente por el respeto de esta agenda, ante una ética de responsabilidad más que de convicción, incluso cuando los que elaboran la agenda de los políticos claman su fe en una ideología, para no entristecer a su público. En cambio, los populistas ignoran esta preocupación bonitamente formulada por François Mitterrand de “dar tiempo al tiempo”. Mantienen con él una relación ajena a los cánones elementales de la política; ya sea por el efecto de su propia demagogia o inconsciencia o por la impaciencia irreflexiva de sus clientes, se niegan a considerar los largos plazos necesarios a la satisfacción de las demandas populares que impone la complejidad del ejercicio del gobierno.

Considerando tanto a sus agentes como a su público, el populismo se define en primera instancia por la temporalidad anti-política de su respuesta presuntamente instantánea frente a problemas o aspiraciones que ninguna acción gubernamental tiene en realidad la facultad de resolver o de colmar de manera súbita. De esta manera, desconoce también la incertidumbre de los resultados que los gobernantes clásicos conocen bien, y que sólo revelan al pueblo cuando ya no pueden esconder esta constante. Su relación con el tiempo político constituye así el núcleo propiamente distintivo del populismo, lo cual no se debe confundir con su otra temporalidad, inscrita por su parte en contextos de crisis de legitimidad de los sistemas representativos favorables a estas manifestaciones. Aunque importante, y aunque esté ligada en general a la confesión de la incertidumbre de los dirigentes normales, esta segunda temporalidad describe las circunstancias del populismo sin dilucidar su esencia.

Repitémoslo. Esta temporalidad inmediata, a la vez anti-política y onírica, que ignora la necesidad de “dar tiempo al tiempo” caracteriza al populismo de manera exclusiva o discriminante. Es el elemento que lo diferencia de la democracia la que, a la inversa, se singulariza menos en cuanto a su pretensión de “representar” la soberanía popular, que por sus procedimientos orientados hacia la deliberación, hacia la confrontación de intereses, en resumen, hacia una gestión de los conflictos escalonada en el tiempo. Paralelamente, la temporalidad populista no se distingue menos del totalitarismo y del autoritarismo, aunque de manera diferente. En efecto, cuando prodigaban su certidumbre de un “futuro radiante” a pueblos liberados de sus divisiones de clase o de raza, los tiranos totalitarios no escondían que se inscribían en una temporalidad aun más larga que

la democracia. Y en lo que se refiere a los regímenes autoritarios ordinarios, pretendieron constantemente aislarse de las esperanzas instantáneas de las masas, con el pretexto de garantizar la continuidad de un tiempo, que sea la prolongación del pasado.

Quien considere que esta definición del populismo como procedimiento de abolición de la dimensión cronológica de la razón política carece de consistencia, puede además completarla mediante tres puntos subsidiarios menos abstractos. Primer punto: tratándose tanto de los emisores, quienes hablan, como de los receptores de su mensaje, el público, el populismo no rechaza exactamente el principio de representación querido por la democracia. Lo simplifica, le da una tonalidad emocional, rechazando las mediaciones complicadas, sin la obligación de que un tribuno providencial exprese la voz del pueblo en esta perspectiva. Este rol además puede corresponder a un movimiento, un partido o régimen de gobierno cuyas cabezas cambian (lo hemos visto claramente en México, durante el periodo muy largo de la "dictadura perfecta" del Partido Revolucionario Institucional). Además, si este estilo de representación reviste una connotación autoritaria poco apreciada en nuestros días, no se reduce a esta dimensión. En todo caso, el autoritarismo populista no recurre a los acentos imperiosos; es suave, casi afectuoso frente a la fracción del pueblo que lo sigue; por añadidura, raramente belicista, aunque se revele a menudo nacionalista o patriótico.

Segundo punto: es de la multiplicidad y de la flexibilidad de sus registros de interpelación al pueblo y de sus actitudes frente al Estado que el populismo saca una ventaja comparativa frente a otros estilos políticos, tanto como el odio que despierta. Los populistas son unos *Tricksters*, unos tramposos. Como se sabe, pueden reclamarse de tres pueblos distintos o bien de los tres a la vez, según el momento, uno nacional y unificador que trasciende las clases sociales, otro plebeyo y que vomita a "los Gordos", y el último más o menos étnico. De la misma manera, los populistas pueden pedir el restablecimiento de la autoridad de un Estado fuerte tanto como denunciar el *trop d'Etat*, tanto vilipendiar a los separatistas como ser separatistas como el *Vlaams Blok* belga o la Liga italiana del Norte, adherir al liberalismo o rechazarlo, y esto simultáneamente incluso (en el sentido que una formación separatista puede también revelarse al mismo tiempo estatista, por ejemplo).

Tercer y último punto: el compromiso populista asume rasgos paradójicos, algunos negativos y otros curiosamente ejemplares. Por una parte, siendo un fenómeno histórico al igual que las otras corrientes políticas, el populismo no se enmarca como ellos en la continuidad de una tradición de compromiso ideológico o militante en la medida en que sólo se desarrolla de forma episódica o cíclica. El populismo no se transmite de una generación a otra, salvo sin duda en América Latina. Pero por otro lado, este compromiso en general sin tradición descansa en una convicción tanto más significativa entre sus adeptos, cuanto que casi siempre es el objeto de una reprobación marcada por parte del medio circundante. Se requiere coraje para declararse militante del Frente Nacional o de un partido del progreso escandinavo.

¿QUÉ ES EL NEO-POPULISMO?

Esta propuesta de definición genérica del populismo en términos de temporalidad anti-política permite volver a la pregunta acerca de la naturaleza del neo-populismo de manera algo objetiva o sistemática. La lista de los movimientos populistas recientes es casi inagotable. Para que vean: el modelo Le Pen-Haider-Fortuyn con los partidos xenófobos de Europa occidental; la variedad separatista del

estilo del *Vlaams Blok* belga o de la Liga italiana del Norte, el neo-populismo mediático y liberal de América Latina acuñado por Carlos Menem, Fernando Collor y por qué no Alberto Fujimori; el casi peronismo resucitado de Hugo Chávez, probablemente seguido por Gutiérrez en Ecuador; el populismo burgués y *bien-pensant* de Lavín en Chile; las corrientes etno-populistas post-comunistas de Europa del Este; todo esto sin olvidar la protesta islamista en Turquía y en otras partes como también su homólogo enemigo hinduista en la India, sin hablar del populismo Internet usado por los adeptos europeos o norteamericanos del sub-comandante Marcos en México y para cerrar la lista, sin por lo tanto agotarla, el populismo *smart* de los anti-mundialistas a lo José Bové. Todo esto genera muchos “neos”, demasiados para que el prefijo conserve un sentido mínimo.

Ante esta abundancia, ¿a quién aplicar esta etiqueta de novedad, sabiendo por lo demás que es por pura convicción, por deseo de claridad y por evitar de confundir todo con todo? ¿Por qué, por ejemplo, no aplicar la etiqueta “neo” a las nuevas corrientes nacional-populistas aparecidas en el Este de Europa después de la implosión de los sistemas comunistas, o a los partidos contestatarios y xenófobos del oeste europeo? Es en realidad el uso que no lo permitió, casi el azar, en la medida en que el término neo-populista pronto se vio acaparado por los que han calificado con su uso la acción de los líderes, principalmente latinoamericanos –pero también indios (de la India) entre otros-, quienes han cumplido el prodigio de hacerse elegir como populistas para enseguida aplicar programas económicos neo-liberales de notoria impopularidad.

Particularmente típico en el caso de Carlos Menem, pero muy imitado por otros, este neo-populismo liberal-mediático originó esta mezcla de marketing electoral y de duplicidad estratégica, que pretendió por este medio técnico hacer tragar a los más desfavorecidos la amarga píldora de la austeridad. Al mismo tiempo y en virtud de una extensión terminológica ampliamente ligada a la proximidad geográfica, la expresión neo-populismo ha designado también la entrada en política de figuras del deporte o de la pantalla grande o simplemente de personalidades cuya notoriedad no debe nada al oficio de político. Pues, como bien se sabe, es sobre todo en América Latina y en menor grado en Asia, donde las estrellas del fútbol, del cine, la televisión, los artistas, los periodistas, los literatos, los ingenieros o todo lo que sea, menos un profesional de las elecciones, se encuentran ahora entre las nuevas estrellas del mercado electoral. Los animadores de televisión Carlos Palenque en Bolivia y Ricardo Belmont en Perú, el novelista Mario Vargas Llosa también peruano, una ex-Miss Universo quien postula, al principio con buenas chances, a la candidatura presidencial en Venezuela, un cineasta y ex-guerrillero maoísta -Sergio Cabrera-, quien se presenta a las elecciones legislativas en Colombia, para citar solamente estos ejemplos precursores de neo-políticos venidos de otra parte y por lo mismo no comprometidos con la imagen poco halagüeña del juego participativo clásico. Pero una vez más en todos estos casos, de Menem a Palenque, el neo-populismo mediático apenas constituye un recurso de campaña casi ajeno al populismo en sentido estricto, más bien premonitorio de la deriva hacia una tele-democracia amenazante por doquier.

Sin embargo, el panorama del neo-populismo se ha complicado, con la irrupción política del teniente-coronel Hugo Chávez en Venezuela¹⁸, recién seguido por el coronel Lucio Gutiérrez en Ecuador¹⁹.

¹⁸ Después de los saqueos de 1989-90 en Caracas y del primer putsch fallido de Chávez en 1992, que precede su victoria en las elecciones presidenciales de diciembre de 1998.

¹⁹ Quien gana las elecciones gracias al voto indígena contra otro populista, el multimillonario Álvaro Novoa en las elecciones presidenciales de noviembre de 2002. El coronel Gutiérrez se volvió famoso en enero de 2000 durante una marcha indígena apoyada por un grupo de oficiales, tras la cual el Presidente Jamil Mahuad fue derrocado.

Los dos son populistas rotundos, fieles a la antigua tradición de los *caudillos* latino-americanos deshacedores de agravios y defensores de los Pequeños frente a los Gordos; en resumen “veterano-populistas” más que “neo-populistas”, si las palabras conservan un sentido más allá del reflejo mimético que desencadena su uso. Pero la expresión escogida importa poco. Lo que en cambio interesa es tener conciencia de que una forma radicalmente inédita de populismo se está desarrollando desde hace una veintena de años en Europa del Oeste, incluso también, pero de forma más marginal, en Latino-América. Si la fórmula no caracterizara ya al populismo liberal-mediático latino-americano, sería tentador hablar al respecto de un “neo-populismo”, dada su diferencia extrema con el “veterano-populismo”. Pero la fórmula ya fue patentada y es necesario inventar una nueva expresión...

¿Cuáles son precisamente estas dos grandes variedades populistas hoy en día y cómo bautizarlas en estas condiciones? Hace casi dos siglos, en los albores de los regímenes representativos que nuestras democracias relevaron, Benjamin Constant había opuesto la Libertad de los Antiguos a la de los Modernos²⁰. Con eso quería decir que los Ateneos de los tiempos de Pericles medían su libertad en función del bien colectivo y de la independencia de la *polis* o del Estado en su conjunto, mientras que sus contemporáneos de los primeros decenios del siglo diecinueve, al revés, tan sólo concebían la suya como un goce tranquilo de la vida privada, sin otorgar al poder político otra función que la garantía de esta tranquilidad. Retomando por analogía el estilo de la fórmula, y hasta su sentido, aparece que un contraste de igual nitidez se manifiesta entre dos populismos, el de los antiguos y el de los modernos, exceptuando el matiz de que existen formas intermediarias y que la antigua variedad sigue muy difundida en lugares como América Latina.

Durante veinticinco siglos, hasta aproximadamente el año 1900, el populismo de los antiguos se ha nutrido de la protesta crónica de las masas desheredadas contra las élites acomodadas, a las que hacían responsables de su miseria y que acusaban de sacar provecho del deterioro efectivo o imaginario de su situación económica. Por el contrario, desde ese momento y especialmente a partir de la expansión reciente en Europa de nuevos partidos que perturban el juego de los partidos parlamentarios establecidos, el populismo de los modernos estuvo desordenando la topografía de la buena y de la mala gente, tanto como el motivo de la protesta. No tan sólo expresó la ira de los pobres como también la frustración, la humillación e incluso la amenaza sentida por categorías sociales, en ningún caso indigentes, ante las concesiones a su parecer inmerecidas, otorgadas por los gobernantes a los más desposeídos. Esto sucedió en un contexto caracterizado en Europa por el desgaste del Estado-benefactor y de la democracia social.

Es fácil ilustrar la demarcación existente entre las sobrevivencias, por lo demás fuertemente reactivadas en nuestros días, del populismo de los antiguos y las manifestaciones del populismo de los modernos. El primero -el populismo de los antiguos- se observa todavía, cuando, a fines de los años 1980, el presidente mexicano Salinas compensaba su gestión económica neo-liberal, que figuraba entre las más dolorosas para una población hasta entonces acostumbrada a la acción protectora de un Estado tutelar, mediante subvenciones aumentadas para la leche, el maíz y la harina, y mediante la distribución gratuita de tortillas realizada en su nombre a más de tres millones de familias²¹. De

²⁰ B. Constant, “De la liberté des anciens comparée à celle des modernes », pp.589-619 en : *Écrits politiques*, Paris, Gallimard, 1997.

²¹ Más exactamente a través de una institución -Pronasol- que Salinas creó completamente y que se encontraba enteramente bajo su control.

forma no menos ostensible, se perpetúa cuando en 1997, sin preocuparse por el riesgo que toman al desestabilizar una democracia joven y frágil al resucitar el mito explosivo de la reforma agraria, obispos brasileños, deseosos de recuperar una audiencia popular, se unen al “movimiento de los sin tierra” para responder al “grito de los excluidos”. Está por demás decir que Hugo Chávez, Lucio Gutiérrez, y Luiz Inácio Da Silva, conocido como Lula, son grandes héroes populistas a la antigua, los “Padres del Pueblo de los Pequeños” amontonados en los barrios de invasión, las villas miseria, las poblaciones y otras favelas.

Simétricamente, en la otra vertiente, no es necesario comentar el síndrome populista de los modernos. Este se trasluce en la inquietud que los electores franceses del Frente Nacional, quienes rara vez padecen de miseria económica, experimentan frente a lo que les parece constituir una colusión entre las élites y los partidos “republicanos” con dos elementos opacos: por una parte los inmigrantes demasiado recientes y cuya procedencia demasiado lejana les impide verse admitidos sin representar un peligro para la comunidad nacional, y, por otra parte, el cosmopolitismo apátrida de los “tecnócratas de Bruselas”. Otro ejemplo: el populismo de los modernos se trasluce también en el rechazo de los habitantes de viejo cuño de Rotterdam hacia una población alóctona en vías de convertirse en mayoría en su ciudad y en su voto subsiguiente por la lista municipal de Pim Fortuyn. En dos palabras, el populismo de los modernos ya no pertenece sólo a los pobres; es la expresión de una población semi-acomodada que se opone ya no a los Gordos, a los Ricos, o a los Poderosos, sino a los desfavorecidos, con quienes no se sienten de ninguna manera solidarios. Junto con esto y como lo hemos visto en Chile, cabe destacar que tampoco es exclusivo de los países económicamente muy avanzados.

El populismo de los antiguos no presenta por lo tanto ningún punto común con el reflejo contable del elector francés, holandés tanto como austriaco, belga flamenco, danés y noruego, que teme a los recién llegados a causa de su pobreza, vista como hecho y estigma cultural. El populismo de los antiguos aparece incluso como el anverso exacto del populismo de los modernos: inclusivo más que selectivo, regido por un imaginario igualitarista, de tonalidad niveladora en vez de apuntar al mantenimiento de una respetabilidad de las clases medias; imperiosamente moralizador en sus motivaciones y algo mesiánico en su proyecto utópico de una sociedad perfecta antes que realista; radicalmente agresivo, en fin, hacia las élites y el Estado, asimilados a los autores de un conjuro contra la felicidad de las masas más que unido ante todo en contra de una “tecnocracia de la gobernanza europea” (tratándose de Europa).

En resumen, el dogma del clásico populismo de los antiguos descansa en un imaginario fusional y rebelde frente a la idea del pluralismo social o ideológico y en un moralismo dicotómico del combate entre el Bien y el Mal, respecto al cual no es sorprendente que haya tenido en América-Latina en particular una fuente religiosa (especialmente en los movimientos milenaristas o las espiritualidades sincréticas). Es imbuido de este espíritu que el General Perón anunciaba su redención a las *cabecitas negras*²² explotadas sin límite por la casta aprovechadora de los plutócratas y otros detentores de los medios que permiten vivir en la holgura sin hacer nada, según ellos. Por el contrario, el resorte del populismo de los modernos es muy distinto.

²² Las “cabecitas negras”, en alusión a los obreros agrícolas, quienes, quemados por el sol, trabajaban casi como siervos en las inmensas explotaciones de crianza de ganado en Argentina.

El impacto de la globalización económica, social, demográfica y política es comúnmente apuntado al respecto como generador de la crisis de identidad, de la cual se alimentan en particular los populismos de las sociedades industriales, dichas avanzadas. Indiscutiblemente, este fenómeno contribuye al hecho de que la soberanía de los Estados parezca acercarse a su ocaso, frente a estructuras supra-nacionales o a instituciones financieras internacionales que prevalecen sobre ella, frente a especuladores que desestabilizan una moneda en pocos días y más generalmente frente a juegos de influencia e incluso a movimientos ideológicos que, como el islamismo, transgreden las fronteras según una lógica no territorial que deja a los gobiernos desamparados. Más gravemente, la globalización destruye la lógica de las democracias, indisociables de su marco histórico estatal y nacional. Junto con la soberanía de los Estados, es su cara gemela, la soberanía popular, la que se ve de ahora en adelante afectada por el escepticismo. Pues, ¿de qué sirve si la voluntad mayoritaria expresada en las elecciones enuncia prescripciones que sólo se aplicarán en la medida de su coincidencia con orientaciones desdibujadas por flujos transnacionales que desprecian los deseos de los pueblos?

Pero si bien el choque producido por la globalización es indiscutible, desconoce un desarreglo pre-existente. Este desarreglo resulta de dos elementos que no caracterizan solamente a los países ricos: la ola contestataria de fines de los sesenta y la crisis petrolera de los años 1970, que puso fin a tres decenios de crecimiento económico ininterrumpido en Europa del Oeste, en América del Norte y en menor medida en América Latina. Estos factores socavaron el modelo de cohesión social y política que había remplazado después de 1945 el modelo de las sociedades agitadas hasta ahora por los conflictos de clase y marcadas por un consenso demasiado precario de las categorías populares en torno a una democracia pluralista, en la cual sólo se reconocían imperfectamente²³. De ahí, quizá, la aparición precoz de las expresiones populistas de tipo moderno en los terrenos por excelencia del Estado benefactor como fueron los países escandinavos. Junto con esto, otro factor precursor intervino alrededor de 1980 que tuvo distintas consecuencias sobre los países industrializados y sobre los países calificados de Tercer Mundo. Se trató de este desencantamiento debido a múltiples razones, ligado a la desaparición -¿provisoria?- de las utopías y del activismo revolucionarios, a la toma de conciencia del carácter no renovable de los recursos naturales y de la destrucción del medio ambiente, de los efectos contrariados del desmoronamiento demográfico de las sociedades ricas y de la explosión numérica de la población de los países pobres. Todos estos factores han permitido que la esperanza ceda el lugar, sea donde sea, a un pesimismo favorable a la recepción del mensaje emotivo de los populistas.

Durante treinta años, este deterioro con causas múltiples ha perturbado la relación de los gobernados con sus gobernantes teniendo como tela de fondo un gran malestar relativo a la visión del futuro de cada sociedad. En Europa en particular, este malestar explica que, de ahora en adelante, el poder democrático nacional no sólo parezca haber perdido su control del presente. Más allá de eso, es la posibilidad de satisfacer el término más relevante del contrato político que parece hacerles falta a quienes ejercen este poder: es decir el que les obliga a preservar la continuidad de la comunidad bajo su protección, así como el destino personal de cada uno de sus miembros y de sus descendientes. Esta interpretación encubre cierta exageración. Sin embargo, lo que importa

²³ Véase al respecto a: H.-G. Betz, *Radical Right-Wing Populism in Western Europe*, New York-Londres MacMillan, 1994.

en política es la impresión, y ésta se revela desastrosa en la medida en que desde que olvidó la fe de una recompensa en el Más Allá y que se volvió insensible a las glorias del pasado, el individuo sólo vive de satisfacciones instantáneas o de esperanzas terrenales. En estas condiciones, no hay nada extraordinario en el hecho de que millones de personas en búsqueda de certezas para sí mismas y sus hijos, se consideren capaces de reencontrarlas en un refugio nacional edificable en una perspectiva populista.

Esta búsqueda de certezas no ilustra sin embargo suficientemente bien la lógica final del populismo de los modernos. ¿Cuál es esta lógica? En las antiguas democracias europeas, pero también en las clases medias latino-americanas, se expresa por la obsesión de una movilidad social descendente. Es esta obsesión la que explica por qué, al menos en amplias capas de la población europea, el principio de solidaridad sin exclusión sobre el cual el Estado benefactor se ha construido se acepta cada vez menos como un deber excluyendo toda discriminación entre sus beneficiarios y como un derecho sin exclusión. Por el contrario, la solidaridad típica de la democracia social de ayer, extendida a todos sin exámenes previos y sin exigir una contraparte automática, se ve rechazada en nombre de otro principio: el principio de una reciprocidad esperada y erigida en condición expresa del vínculo social. Reciprocidad admitida entonces solamente frente a compatriotas o a lo sumo a extranjeros considerados como allegados y de los cuales no se teme ni las molestias del comportamiento, ni las punciones sobre los recursos comunes laboriosamente acumulados. Este giro poco filantrópico constituye la base del populismo de los modernos, sabiendo que oculta además un reflejo agravante. La clientela de formaciones populistas europeas experimenta una suerte de estupor frente a lo que interpreta como un vuelco absoluto de las condiciones prácticas de pertenencia a la comunidad política y de las razones para obedecer a su gobierno. Esta clientela se pregunta quiénes son, de ahora en adelante, los excluidos y quiénes los incluidos. ¿Cuál es, además, el objetivo que persigue el poder en el uso de su monopolio de identificación de dos categorías que antaño correspondían a las de enemigos y de amigos de la comunidad política nacional?

Según estos nostálgicos del proceder clásico, aunque abandonado, que consistió en soldar la cohesión de los nacionales de un Estado y forzar su obediencia apostando al reflejo de semejanza compartida por el grueso de su población, los más disímiles -los que son realmente percibidos como inmigrantes- deberían permanecer en su no estatus de excluidos como prueba a *contrario* de la voluntad de mantener este tipo de cohesión. Ahora bien, tienen la sensación de que el Estado afirma hoy en día su poder según un proceso de designación de amigos y enemigos exactamente inverso. El antiguo orden moral y patriótico de la semejanza se encuentra remplazado en sus ojos por un nuevo orden que Marcel Gauchet califica de "modelo pluralista-identificador-minoritario"²⁴.

En otros términos, en conformidad con una nueva ética del elogio de la diferencia y de la glorificación de cualquier mestizaje, el Estado sólo les da la impresión de ejercer este poder, volcando de manera ostensible las posiciones respectivas de los excluidos tan meritorios como para incluirlos pronto y de los incluidos no mestizables que cabe excluir desde ya. Los enemigos se convierten en amigos y los amigos en enemigos. Al mismo tiempo, los elegidos no parecen "representar" más el interés general de una comunidad política simbólicamente encarnada por las asambleas;

²⁴ M. Gauchet, *La religion dans la démocratie: parcours de la laïcité*, Paris, Gallimard, 1998, p. 122.

parecen más bien ocupados en regular el reconocimiento de identidades desagregadas en una perspectiva donde "el respeto por las minorías se convierte en la piedra de toque de la sinceridad democrática"²⁵. El populismo de los modernos es el producto de esta impresión de vuelco absoluto del modo de intervención de una potencia pública que ha perdido para algunos su rostro protector para revestir el rostro de un factor de riesgo que cabe descebar con urgencia. Cabe solamente notar a modo de conclusión que la reacción en contra de esta deriva empezó hace tiempo, en el marco de políticas que se dedican a recuperar los argumentos y las recetas populistas, en beneficio de la "gobernanza establecida".

REFERENCIAS

- Betz, H.-G.** 1994. *Radical Right-Wing Populism in Western Europe*, New York-Londres MacMillan.
- Blot, Y. y Le Club de l'horloge.** 1989. *dir., La démocratie confisquée*, Paris, Jean Picollec.
- Canovan, M.** 1981. *Populism*, New York, Harcourt-Brace Jovanovich, p. 123.
- Constant, B.** 1997. "De la liberté des anciens comparée à celle des modernes", pp. 589-619 en: *Écrits politiques*, Paris, Gallimard.
- Di Tella, T.** 1965. "Populism and Reform in Latin America", p. 47 en: C. Véliz, ed. *Obstacle to Change in Latin America*, Oxford: Oxford University Press.
- Fallers, L.** 1964. "Populism and Nationalism", *Comparative Studies in Society and History* (4), p. 447.
- Galissot, R.** 1997. *dir., Les populismes du Tiers monde*, Paris, L'Harmattan.
- Gauchet, M.** 1998. *La religion dans la démocratie: parcours de la laïcité*, Paris, Gallimard, p. 122.
- Jaguaribe, H.** 1967. *Problemas do desenvolvimento latinoamericano*, Rio de Janeiro, p. 168.
- Laclau, Ernesto.** 1977. *Politics and Ideology in Marxist Theory*, London Humanities Press, pp. 172-173.
- Michel, H.** 1979. *Les fascismes*, Paris, PUF, p. 110.
- Pitkin, Hannah F.** 1972. *The Concept of Representation*, Berkeley/ Los Angeles, Universidad de California Press.
- Shills, E.** 1956. *The Torment of Secrecy*, New York, p. 98.
- Taguieff, P.** 1997. "Le populisme et la science politique: du mirage conceptuel aux vrais problèmes", *Vingtième siècle* (56), pp. 4-33.
- Taguieff, P.** 1997. "Political science confronts populism: from a conceptual mirage to a real problem", *Telos* (103).
- Wiles, P.** 1969. "A Syndrome, Not a Doctrine", p. 171 en: G. Ionescu, E. Gellner, eds., *Populism*, London: Weidenfeld and Nicolson.
- Worsley, P.** 1964. *The Third World*, London.

²⁵ *Ibid.*, p. 118-119.